

EL CONCEPTO DE CRUZADA EN ARMANYÀ: “POR LA RELIGIÓN, EL REY Y LA PATRIA”

Julio Luis Quilez Mata

Introducción

Francisco Armanyà Pont representa una de las figuras más destacadas del movimiento ilustrado católico español. Su importante labor intelectual y reformadora, así como su profundo dogmatismo nos han dejado como legado una importante documentación muy valiosa para la mejor comprensión de la España de la segunda mitad del siglo XVIII.

Desde su nacimiento en 1718 hasta su muerte en 1803, su vida constituyó un ejemplo de entrega y sacrificio, plasmado en su ingente obra, distribuida entre sermones, cartas varias y pastorales, básicamente. Su autoridad y su estricta interpretación de teología y vida cristiana, consecuente con su tendencia filojansenista, le conducirá hacia la crítica exhaustiva de los nuevos postulados revolucionarios que desde Francia van siendo introducidos en España de la mano de Voltaire, entre otros. Su rechazo a la relajación de costumbres, su celo e interés en la formación de un clero recto e instruido, marcaran su trayectoria tanto personal como pública.

Primeramente obispo de Lugo y posteriormente arzobispo de Tarragona, será en esta última ciudad desde donde escribirá las cuatro interesantes pastorales anti-revolucionarias en relación a los acontecimientos desencadenados a raíz del enfrentamiento bélico entre España y la Convención Francesa, designada en la historiografía catalana como la «Guerra Gran», acaecida entre 1793 y 1795.

Las cuatro pastorales, fueron escritas entre mayo de 1793 y noviembre de 1794. Según Tort i Mitjans, autor de una excelente biografía histórica sobre el arzobispo, afirmara que Armanyà «que conoce mejor que nadie la importancia de la guerra, consciente de su misión de arzobispo del Principado, escenario de todos los principales episodios de la guerra, se convierte en el paladín de la resistencia en Cataluña e incluso en el resto de España»¹.

1. F. TORT I MITJANS, *Biografía histórica de Francisco Armanyà Font O.S.A. Obispo de Lugo. Arzobispo de Tarragona (1718-1803)*, Vilanova i la Geltru 1967, p. 404.

Objetivo del trabajo

Antes de desarrollar nuestro estudio, debemos señalar como objetivo del mismo, el analizar y presentar uno de los aspectos más importantes de la obra y el pensamiento de Armanyà en relación a su divulgación antirrevolucionaria durante el conflicto, como es su concepto de cruzada a la hora de presentar y analizar la guerra. Por otra parte, nuestro propósito es contribuir, aunque modestamente, a dotar a otros historiadores e investigadores de un material válido e importante para la interpretación y el estudio. Básicamente, nuestro escrito pretende hacerse eco de la necesidad de explorar en el medio de la prensa y las publicaciones de la época, expresada con nitidez por Jean-René Aymes², en relación a la existencia de un campo de interpretación fructífero e interesante.

«Por la religión, la Patria y el Rey»

«Por la religión, la patria y el Rey», constituirá la trilogía característica de este período, no sólo a nivel eclesiástico, sino también en otros medios de información y exhortación, como los periódicos, panfletos propagandísticos, breviaros, composiciones poéticas, etc. Dicha trilogía, constituirá el centro de lo que será la plasmación de un fuerte concepto de cruzada, donde se enardecerá a los combatientes, a luchar por la defensa de un sistema, cuyos postulados básicos, quedan recogidos en estos tres términos: «(...) referencia inmediata a conceptos concretos (Rey), e indiscutibles (la Religión) a la vez que recurre a lo abstracto e indefinido para apelar a aquello que mejor pueda abarcar y aglutinar el móvil individual (la patria)», como anade Lluís Roura³. Esta lucha, se activará y cobrará valor en cuanto se combate no contra la nación, sino contra un sistema nuevo, una concepción rupturista planteada por los propagandistas del momento españoles, como un todo anarquico que amenaza la cultura, la tradición y los pilares sociales y políticos, además, claro está, los bienes y la integridad física de los propios españoles. Así, esta trilogía, será complementada por una visión caótica de desmanes esperpénticos, terroríficos. Se producirá, pues, una alianza de principios teóricos y el concepto del terror; un temor orientado en una doble vertiente: a la acción del enemigo, y sobre todo, al castigo de Dios; el concepto de cruzada tiene ya sus ingredientes básicos dispuestos a preparar una reacción inmediata.

2. J. RENE AYMES, *España y la Revolución Francesa*, Barcelona 1988, p. 68.

3. L. ROURA, *Cataluña y la Francia de la Revolución*, en J. Rene Aymes, "España y la Revolución Francesa", Barcelona 1988, p. 184.

Según Lluís Roura, las exhortaciones de los obispos, marcan los parámetros en que va a moverse el discurso combativo, y citará extractos de obras y personajes tan emblemáticos como el obispo de Gerona, Lorenzana, o incluso el mismo Armanyà⁴. Sin embargo, los discursos más directos y encendidos estaban en boca de los predicadores. Su papel primordial como intermediarios entre los poderes y el sentimiento popular dieron a su palabra una importancia que nunca hubiera podido merecer la prosa que los caracteriza. Por otra parte, el protocolo y la liturgia de los actos religiosos más diversos constituían el marco que garantizaba la difusión y el clima adecuados para el adoctrinamiento religioso y patriótico. Esta cuidada programación de actos religiosos establecía, así, un marco indiscutible de pretendida guerra santa, que llegaba a explicitarse claramente en las propias formulas piadosas. No es raro, pues, que el discurso se convierta en arenga, y que para esta función se considere tan apto el sermón como las palabras rimadas y las canciones, de cuyo origen clerical quedan, en general, pocas dudas.

Las pastorales de Armanyà, en este sentido no son muy originales. Gran parte de sus principios expuestos, son recogidos ya por Fray Diego de Cádiz, misionero Capuchino, que según Martí Gilabert fue «(...) primero en sus encendidos sermones, y después para hacerse oír en toda España, en un breve libro que fue muy popular entonces, El soldado católico en la guerra de religión»⁵. Dicho libro, consta de dos partes; en la primera se basa principalmente en la descripción de la formación militar y en la segunda en la actitud en la guerra. El pueblo comprendió y sintió las razones expuestas por el capuchino andaluz. Al igual que haría Armanyà, con una trama de pasajes bíblicos y citas de Santos Padres sobre la guerra, hace la aplicación al casi concreto de la guerra con Francia a la que califica de cruzada. Así, Dios, su Iglesia, su Fe, su Religión, sus leyes, sus Ministerios, sus Templos, y todo lo más sagrado: el derecho de gentes, el respeto debido a los Soberanos, y aún el fuero siempre inviolable de la humanidad se hallan injustamente violados, impiamente desatendidos y sacrílegamente atropellados. En la segunda parte, detalla la impiedad de los revolucionarios: negación de Dios, mofa de las Escrituras, persecución del Papa y los sacerdotes, prohibición de la Misa y los sacramentos, y todo lo que dice Religión; expulsión de obispos y párrocos, profanación de templos y vasos sagrados e incluso el Santísimo Sacramento.

Según Martí Gilabert, para sostener «(...) la costosa guerra de religión las

4. LL. ROURA, *Cataluña y la Francia de la Revolución*, en J. Rene Aymes, "España y la Revolución Francesa", Barcelona 1988, p. 185.

5. F. MARTÍ GILABERT, *La Iglesia Española durante la Revolución francesa*, Pamplona 1971, p. 301.

iglesias contribuyeron con cuantiosos donativos, alhajas destinadas al culto y estimadas como no indispensables⁶. Fue admirable la generosidad de todos los súbditos de España y América, sin excepción de artesanos y jornaleros, e incalculable el importe de comunidades y personas eclesiásticas y seculares, en los años 1793 y siguiente, publicados en la Gaceta de Madrid. Armanyà en sus cuatro pastorales, realiza un completo llamamiento a la lucha, en forma de cruzada. Los principios defendidos por él, independientemente de la distorsión que el fervor propagandístico pudiera introducir en Armanyà, revelan gran parte de su esquema religioso y político, defendidos ya en otras pastorales, y sobre todo en sus sermones.

Pasamos, pues, a deshilar su contenido en relación a estos principios:

En primer lugar, realiza un llamamiento al respeto y fidelidad a la trilogía antes expuesta, interpretando la guerra como la necesidad de preservar un sistema: la Iglesia, la tradición, la corona. Realizará una interesante alusión a la entrada de los «moros», en un claro interés de identificar la Guerra Gran y sus críticas circunstancias, con la reconquista. Añadir, a modo de paréntesis, que donde más hallamos el criterio de cruzada propiamente dicha, es a partir de la segunda pastoral, momento en que, como queda reflejado en la introducción del marco histórico de las pastorales, la Guerra inicia un cambio de rumbo. Expresiones como «paternales exhortaciones», y otras más que a continuación exponemos, aluden a la presentación de un rey justo y en nada déspota, reflejo, pues de una marcada voluntad de seguir los esquemas de un notable maniqueísmo en la relación con la visión de la Francia revolucionaria:

«Sólo pues debo exponeros, Herm. Car., la urgente ocasión en que nos hallamos de acreditar con especiales demostraciones nuestro constante amor al Rey, a la religión, a la patria, y a la iglesia. Ya tengo dicho que S.M. se ve precisado a sostener con todas sus fuerzas la guerra contra los franceses (...) Tiene muy impresa en su real pecho la célebre sentencia de mi padre San Agustín, que la paz debe buscarse en eficaz deseo; pero la guerra sólo por necesidad. A más de la declaración anticipada de los franceses, obligan al Rey a emprender la guerra la justa defensa de su corona, la seguridad y tranquilidad de sus amados pueblos, la conservación de la Iglesia, de la religión, de las christianas leyes y costumbres de su monarquía, que todo pelagra, todo se ve amenazado del furor de los que se han declarado sus enemigos. Desde la infausta entrada de los moros no creo que haya tenido España Guerra de tanta importancia, y de que se pudieran temer tan funestas resultas (...) Qual sera pues el buen católico, el buen patricio, el buen español, que no arda en vivos deseos de oponerse con todo su conato al torreten impetuoso de tantos y tan

6. F. MARTI GILBERT, *La Iglesia Española durante la Revolución francesa*, Pamplona 1971, p. 305.

graves males? A este fin importantísimo aplica el Rey como amante padre sus incesantes cuidados con todas las fuerzas y medios que están en su poder. Excita el fervor de sus fieles vasallos, no con soberano imperio, sino con paternales exhortaciones: no se vale de su real autoridad, obligando a todos los súbditos capaces, que tomen las armas: atentos siempre con el mayor afecto al bien común de la monarquía, no quiero apartar de los campos a los necesarios labradores, ni de la industria y artes a sus profesores útiles (...) Que mayor benignidad? Aprendan los declamadores de la libertad de los pueblos: vean qual de los gobiernos, el francés o el español, dista más del despotismo⁷.

Todos los súbditos deben contribuir; incluso los eclesiásticos, que, por su condición al servicio de Dios, no pudiendo utilizar las armas terrenales, si utilizaran las espirituales, a través de la oración, en un ejemplo de capacidad, el servicio y la disponibilidad del clero al Estado:

«(...) verán finalmente que los eclesiásticos no somos, como inquinamente publican, inútiles al estado aun para la guerra. No tomamos las armas; porque nos lo prohíben las sagradas reglas de nuestra profesión. Aún en los gentiles eximían de la guerra sus leyes a los sacerdotes, teniendo por impropio de su ministerio el manejo de las armas (...) Las actuales circunstancias no la exigen ahora, ni la permiten; pero exigen del especial amor que justamente profesamos a la religión, al rey, y a la patria, nuestros auxilios y oraciones⁸.

De este modo, los eclesiásticos, con sus armas lucharan junto a la tropa. Con esta unión con Dios «Señor de los ejércitos», este concederá las victorias. Ante esta seguridad, incitará al alistamiento en una guerra basada en la seguridad de la victoria:

«(...) pelearnos con ellas por el Rey, por la patria y por la religión: pelearemos, según la expresión de Orígenes, más aún que la tropa: no militaremos en el ejército; pero militaremos por el, y formaremos un esquadron fortísimo, unidos todos con el zelo, con la piedad, con el fervor de incesantes oraciones: esperando que penetraran los ciegos, y que oyéndoles benigno el verdadero Dios y Señor de los ejércitos, que es quien puede dar las victorias, las concedera muy gloriosas a los que pelearan por su causa contra los formidables enemigos, que parecen intentar con rabioso furor destruir su culto, su religión, su santa Iglesia, que no pudo hasta haora ni podrá jamás destruir todo el poder del infierno. Con tan felices auspicios bien podran animarse todos los que tuvieren la envidiable suerte de servir en la presente, ya sea en la armada naval, o ya en el ejército (...) Es Señor de los ejércitos es quien

7. F. ARMANYÀ, *Pastorales*, t. II, Tarragona 1794, p. 108-110.

8. F. ARMANYÀ, *Pastorales*, t. II, Tarragona 1794, p. 111.

concede las victorias; pero no a los flojos, a los desidiosos, a los cobardes, a los que se contentan con un deseo y afecto estéril.»⁹

El concepto de patriotismo español que expone, se basa en la religión, en componentes étnicos y en la ley. Pero para estimular ese espíritu patriótico, necesario para el feliz desenlace de la guerra, es primordial para Armanyà, el potenciar el carácter español y limpiarlo de toda indiferencia externa. Sólo así, se podrá combatir en igualdad de condiciones:

«Un patriotismo fanático ha dado a nuestros enemigos asombrosas victorias, y rapidísimas conquistas: podrá menos en nosotros el patriotismo verdadero, legítimo, fundado en los principios inconfusos de la religión, de la naturaleza y de la ley? Para mejor avivar el patriotismo, destiérrense todas las modas, todas las exterioridades ajenas del carácter español, y solo propias de la nación que nos hace durísima guerra, los que desean imitarla en el vestido, en los gestos, en el semblante, y en todo su porte, como se opondrán fuertes y constantes a sus perniciosos intentos? Francés en todo el exterior, y buen español en el interior, o es monstruosidad, o pura quimera. ¡Ah fieles míos! el exterior francés y convencional, de que hacen gala tantos españoles, aún de los mismos que están destinados a la guerra con ellos, me ha hecho siempre temer o mucha cobardía, o mucha corrupción (...) Destiérrense, pues, y destiérrense para siempre todas las modas que con tanto empeño procuran introducir en nuestros países los franceses, para conquistar con el gusto nuestros corazones, nuestros bienes y nuestros pueblos»¹⁰.

Morir por Dios es presentado como el camino directo a alcanzar el descanso en la Paz de Dios. El hombre no debe temer a la muerte, ni a los hombres, pues la vida es simplemente pasajera e insustancial; sólo a Dios, que aparece como un juez justiciero y supremo, y el que posee la clave la eterna felicidad:

«(...) no hemos de temer a los hombres que con toda su fuerza solo pueden quitarnos la vida mortal, sino a Dios que puede condenar nuestras almas y cuerpos a las penas eternas del infierno; expone con generosidad la vida quanto es menester, y desprecia la muerte; porque tiene puesto su corazón y esperanza en otra vida que le ha de hacer eternamente feliz»¹¹.

El temor a Dios y su justicia vengativa, serán aspectos que expondrá nítidamente el arzobispo. El avance francés, lasituación general del ejército y los padecimientos de las zonas de frontera paulatinamente invadidas por el enemigo, serán presentadas por Armanyà, como un castigo de Dios, una prueba que somete al pueblo cristiano:

«Digan, y diran bien, que son, como los enemigos infernales, terribles ins-

9. F. ARMANYÀ, *Pastorales*, t. II, Tarragona 1794, p. 114–115.

10. F. ARMANYÀ, *Pastorales*, t. II, Tarragona 1794, p. 163–164.

11. F. ARMANYÀ, *Pastorales*, t. II, Tarragona 1794, p. 116.

trumentos de la divina justicia para castigar nuestras culpas, para ejercitar nuestra paciencia, para purgar el pueblo christiano de los vicios que han introducido ellos mismos en España y en otros reynos con perversas doctrinas, con máximas diabólicas, con espíritu de independencia y de libertinage, digno precursor de su execrable impiedad (...) los corrige, los castiga, los purga de sus abusos con graves tribulaciones; y suele valerse para ellas del furor de formidables enemigos. Asi castigaba el Señor al pueblo de Israel con las armas de los filisteos; y sin hacer mención de la invasión de los moros en nuestras tierras, por no agravar vuestro dolor, así castigo a la infeliz Africa y a otras provincias del imperio romano con la persecución de los vándalos. San Agustín el principal, confesaba con sumo dolor, que aquel azote tan terrible se habia formado de los pecados de unos y de la vil desidia o cobardía de otros, que por no perder sus caducos bienes, dexaban de oponerse a la furiosa irrupción de los enemigos, los quales hicieron finalmente los más horrosos tragos en los templos, en los ministerios del Señor, en todos los edificios y pueblos (...).»¹²

En consonancia con otros escritos de la época, igualmente propagandísticos, el soldado se convierte en objeto de exaltación; más no será objeto de la misma cualquier soldado, sino el cristiano. Se dan pues, los principios básicos de éste, para, de este modo, establecer, dentro de este espíritu de guerra santa, un verdadero modelo de comportamiento y de conducta, tendente a evitar cualquier insubordinación así como la desertión, a parte de evitar que se llegue a la tan temida violación de la propiedad privada, característica de todo enfrentamiento hélico. Por otro lado, establece en el cánón del soldado un claro componente de lucha ideológica en pos de la religión y Dios.

Armanyà nos describe así, al soldado cristiano:

«(...) no pelea por vanidad, por arrojo, por odio ni venganza, sino por el noble fin del bien público; porque sabe que esto lo quiere Dios; pero aquello lo prohíbe y lo condena: no roba, no injuria, no daña su mera voluntad al próximo: no mueve rinas, murmuraciones, ni quejas destempladas: se contenta con su estipendio, se sujeta exactamente a la disciplina militar; porque es el orden que le prescribe Dios y la santa religión que profesa. En suma sera un soldado un tanto mas digno, quanto fuere mas digno christiano»¹³.

El espíritu de cruzada, necesita un enemigo cruel y bárbaro para activar la adhesión popular que estimule el espíritu combativo. En este sentido, no sólo debe interpretarse al enemigo como amenazador de un sistema abstracto, la patria por ejemplo, sino la realidad cotidiana del pueblo: sus tradiciones, sus propiedades, etc. Así, el arzobispo seguirá exponiendo:

12. F. ARMANYÀ, *Pastorales*, t. II, Tarragona 1794, p. 143-144.

13. F. ARMANYÀ, *Pastorales*, t. II, Tarragona 1794, p. 116.

«Son tan notorios, car. herm. los peligros, tan lastimosos los efectos de la presente guerra con los FrancesesConvencionarios (...) Basta decir, que las haciendas, las honras, las vidas, los templos, las sagradas imágenes, y todo lo que tiene de mas preciosos y venerable santa religión, es objeto del implacable furor de aquellos fieros enemigos (...) Tan grandes calamidades amenazan a nuestra España, y con más inminente peligro a nuestro principado de Cataluña, que por desgracia es la puerta y el camino que intentan abrir aquellas feroces gentes para extender su tiranico dominio (...) El terror, el espanto, la fatal guillotina son los precursores de sus conquistas y empresas, para que no dudemos de las atrocidades que han de cometer»¹⁴.

No simplemente queda reducido el llamamiento a las armas de Armanyà al pueblo. De acuerdo con su espíritu austero y caritativo, propio de una mentalidad, como la del arzobispo de clara tendencia filojansenista, el esfuerzo de la guerra también deberá recaer en las clases acomodadas. La guerra total es un hecho, y la colaboración de todos imprescindible:

«No mostrareis en tan urgente ocasion el zelo, el amor, el esfuerzo que caracterizan a un digno patricio; que mostraron vuestros mayores, y fueron el fundamento de vuestras honras, timbres y riquezas? Como será posible que quando tanto claman los trabajos y calamidades de vuestros hermanos, de aquellos buenos hermanos que van a exponer sus vidas por la patria, que es decir, por vosotros mismos, no abrais las entrañas, no alargueis las manos, no derrameis vuestros tesoros para su socorro y para el alivio de sus familia?. La experiencia que tengo de vuestra caridad, me hace confiar seguro, que sin necesidad de persuasiones, los solos impulsos de vuestros nobles y piadosos corazones os moveran eficazmente a concurrir (...) a unos fines tan graves e interesantes como propios de la caridad christiana y de la santa religión que profesais»¹⁵.

Del mismo modo, llama a la eliminación del lujo y al sacrificio material en pos del beneficio del reino, la religión, así como las familias, y las propiedades:

«Pensareis acaso que para tan costosa empresa pueden faltar los caudales? ¡Ah files míos! quanto sobraria si se excusase tanto luxo, tanta esplendidez en la mesa, tanto gasto en superfluos ornatos, en cosas de ninguna importancia! Para quando aguardamos el hacer generoso sacrificio de una porcion de nuestros bienes? Para quando el restringidos al solo gasto preciso para tener con ocurrir a las urgencias? Puede haber urgencia mayor que tener el gravísimo peligro las vidas, las honras, las haciendas, las familias, la libertad, el sosiego, los templos de Dios con todos los vasos y ornamentos destinados a

14. F. ARMANYÀ, *Pastorales*, t. II, Tarragona 1794, p. 119-120.

15. F. ARMANYÀ, *Pastorales*, t. II, Tarragona 1794, p. 127.

su culto, las sagradas imágenes, la santa religión de toda nuestra provincia, y aun de todo el reyno? Despreciad, pues, las vanas sugerencias del amor propio, que como ciego, miserablemente os expone a perderlo todo por no sacrificar algo; y tomad una resolución firme, generosa, eficaz, tan propia de verdaderos patricios, como correspondiente al peligro que nos hallamos»¹⁶.

Armanyà, escandalizado por el curso que toman los acontecimientos y de la verdadera amenaza que significa el avance francés, hara una defensa de los postulados religiosos y de sus patrimonios, amenazado por las prácticas revolucionarias. El fervor religioso entre el pueblo es profundo, y éste, pues, es un aspecto de indudable importancia a la hora de llegar a él. Armanyà escribirá:

«Bien se que lo que esta confiado principalmente a mi pastoral solicitud, no es la vida temporal, sino la espiritual (...) Pero quien ignora quanto peligran en esta guerra las almas, la santa iglesia, y la sagrada religión de que soy ministro? La guerra que hace casi a toda la christiandad la nación francesa, o por mejor decir, su iniqua Convención, puede y debe llamarse con toda propiedad persecucion de la religión christiana, y acaso la mas cruel de quantas ha padecido Qaul ha sido la primera base de su asombroso sistema, sino el transtorno de la religión, sobre cuyas ruinas quieren levantar el trono fantástico de su imperio universal, o por mejor decir, la soberbia torre de su confusísima Babel?»¹⁷.

La irreligión es la tarjeta de presentación de la amenaza revolucionaria, que lleva al exterminio de los cristianos. La imagen de los martires revive en la mente de Armanyà, en donde éstos serán pasto insaciable paganismo vestido ahora de libertinaje:

«(...) derrama en todas partes el veneno mortal de la irreligión, de que ya está ella embriagada: vereis que con haber hecho correr por sus plazas y calles arroyos de sangre christiana, no queda aun saciada de crueldad: (...) vereis que para acceder al mas abominable paganismo en su sacrilego culto, no tiene empacho aquel pueblo infame de consagrar a una vil muger las aras que niega ingratísimo al verdadero Dios»¹⁸.

Por último, Armanyà, en su última pastoral, exhorta a sus fieles a la lucha incondicional. Debe ser sincero, y asegura que el enemigo es feroz, pero invencible, proponiendo un mayor esfuerzo, que pasa por un alto grado de patriotismo: engrosar las filas y la defensa del propio país:

«Los enemigos realmente son feroces: su arrojo asombroso: los progresos de sus armas rapidísimos; pero no son invencibles: no ha experimentado

16. F. ARMANYÀ, *Pastorales*, t. II, Tarragona 1794, p. 153.

17. F. ARMANYÀ, *Pastorales*, t. II, Tarragona 1794, p. 131-132.

18. F. ARMANYÀ, *Pastorales*, t. II, Tarragona 1794, p. 134.

toda la firmeza española: no han experimentado toda la fuerza catalana: no se ha manifestado en ellos todo el valor, el desinterés, la estrecha unión que manifesto Cataluña en otros lances de menor apuro. Aplicad, aplicad, fieles patricios, con la mas pronta generosa resolución estos medios, y vereis como se os muda el teatro. (...) Estas piden que atendamos juntamente a dos fines, esto es, el aumento de tropa que hay en el dia para contener los progresos del exercito enemigo; y a la defensa del propio pais. La tropa, despues de tantos descalabros, fugas, y rendiciones, ni puede ser mucha ni bastante para hacer frente a un exercito fuerte y orgulloso: la defensa del pais pide la mas eficaces prevenciones, con una firme y unanime resolución de oponerse constantísimos todos los pueblos a qualquiera invasion por pronta y furiosa que sea (...) Un patriotismo fanatico ha dado a nuestros enemigo asombrosas victorias, y rapidísimas conquistas: podra menos en nosotros el patriotismo verdadero, legitimo, fundado en los principios inconcusos de la religión, de la naturaleza y de la ley?¹⁹

Conclusiones

Una vez descritos los postulados básicos de Armanyà, así como después de realizada una introducción y contextualización, pasaremos a destacar, brevemente, una serie de conclusiones. éstas son:

- a. Siguiendo los esquemas básicos y la línea de pensamiento de la época, su concepto de cruzada se divide en la defensa de una trilogía, basada en el rey, la patria y la religión.
- b. Sus consideraciones en torno a dicho espíritu, no las encontraremos claras y evidentes, así como desarrolladas, a partir de la segunda pastoral, coincidiendo con el agravamiento del conflicto.
- c. Asume la importancia de la guerra, y exhorta a combatir tanto eclesiásticos, estos últimos, con las armas de la fe y la oración, como clases acomodadas.
- d. Su voluntad en torno a incitar el alistamiento es claramente visible a lo largo de sus cuatro pastorales.
- e. Destacar la consideración de Armanyà realiza sobre el conflicto, como una verdadera guerra de religión, donde la defensa de los postulados cristianos, supondrá la intervención de Dios en las hostilidades, por cuya intercesión la victoria parece asegurada. Más tarde, sin embargo, cuando los acontecimientos no sean propicios a las armas españolas, su discurso se orientará hacia la creencia de un castigo de Dios plasmado en tristes circunstancias del momento.
- f. Es particularmente interesante su descripción sobre el concepto de patriotis-

19. F. ARMANYÀ, *Pastorales*, t. II, Tarragona 1794, p. 158-159.

mo español, frente al francés. Así, para Armanyà, aquel se basará en la religión, la ley y un contenido étnico determinado. Así, mismo, dicho patriotismo, deberá sustentarse, sobre la base de una perfecta ortodoxia, unos principios estrictos en cuanto a la potenciación de los valores del «carácter español», y la eliminación de todo indicio de afrancesamiento.

g. La disposición de morir por Dios, también se refleja en sus pastorales; una muerte que significa una recompensa eterna.

h. El temor a Dios y su justicia vengativa, son otro principio general y característico de su pensamiento.

i. Igualmente interesante, es su disertación sobre las características, la ética y el comportamiento tanto ideológico como en combate, de lo que el establece como el cánón del cristiano.

j. Así mismo, la representación de la Francia revolucionaria como un país pagano y libertino es constante.

k. Para Armanyà, el sacrificio es necesario e inevitable; por ello, condenará el lujo y el despilfarro. Todas las energías y todos los capitales, deberán ser orientados hacia el esfuerzo bélico.

